
SEGUNDA PARTE

SIN PADRE

I

A la cita.

Casi á la misma hora en que el tren de Blois llevaba hacia Orleans á Teresa de Montarón, dormida, una mujer joven salía de una casa de una de esas calles viejas que admiran siempre cuando se acaba de salir de las grandes vías del París nuevo, construido por el barón Haussmann y su ejército de empresarios y maestros de obras.

Esta calle lleva uno de los nombres sencillos y pintorescos, queridos de nuestros abuelos que, menos favorecidos ó más modestos, no tenían tantos grandes hombres que honrar como ahora tenemos nosotros.

Era la calle del Echaudé.

La mujer que de aquella casa salía iba un tanto pobremente vestida, pero se notaba en ella un resto de elegancia.

Esta mujer tendría veintidos ó veintitres años.

Hubiera debido, pues, estar en el apogeo de sus formas, en el punto culminante de su be-

lleza; pero parecía más joven que la edad que tenía, poco desarrollada aún, enfermiza, tal vez á consecuencia de las privaciones que se imponía.

Sea lo que quiera, es el caso que era hermosa, más que hermosa, atractiva, y tenía una gracia exquisita.

Su paso fué al principio indeciso, casi vacilante.

Miraba atrás con frecuencia.

Después pareció decidirse y prosiguió resueltamente su camino.

No tardó en llegar delante del Bon Marché. En los alrededores de la inmensa tienda, el movimiento de la clientela era enorme.

Dos empleados con corbata blanca examinaban con atención aquel vaivén, escudriñando la multitud con sus ojos siempre avizores.

Cuando la mujer joven pasó por delante de ellos, el de más edad, Frageot, una especie de polizonte habituado á ver todo, vigilando á la vez á la multitud y á sus compañeros, á la clientela y á los amigos, dijo á su compañero:

—Toma, la pequeña del señor del cupé azul. Ella se resiste, pero acabarán por entenderse.

Y en seguida entró en algunos detalles.

El la había visto por primera vez hacía cerca de seis semanas, de conversación en un rincón del salón de lectura con un caballero muy elegante que llevaba un magnífico gabán de pieles.

La discusión era acalorada. La pequeña se negaba con energía, y el caballero insistía con decisión.

De pronto se separaron, y oyó que la mujer decía:

—¡No!

El caballero tendría de treinta y cuatro á treinta y cinco años, y era un verdadero tipo de elegancia.

La mujer, como hemos dicho, de veintitrés á veinticuatro años, pero iba pobremente vestida; todo lo que llevaba no valdría ni tres luises, ni aun el día de su estreno.

Para llamar la atención con semejante atavío se necesita tener buen palmito y ser sumamente simpática.

Ella lo era.

Frageot no ocultaba su entusiasmo.

Concluyó diciendo:

—¡Estando ahí ella, apuesto doble contra sencillo á que el caballero no andará muy lejos!

Tocó á su colega en el hombro:

—¡No aposteis, querido!—dijo—Perderíais, ahí lo teneis...

En efecto, un cupé *á la dernier*, tirado por dos caballos de mediana alzada, relucientes y vivos, se paró delante de la marquesina del almacén.

Un caballero, envuelto en un gabán de pieles, se apeó del coche, cerró la portezuela con un golpe seco é hizo una seña al cochero para que fuera á colocarse, como de ordinario, á la esquina de la calle de Dupin.

El caballero atravesó por entre la multitud y muy pronto le vieron los dos empleados subir la escalera hacia donde se había dirigido la mujer joven momentos antes.

El caballero era sin disputa muy distinguido, pero nada simpático, á la primera impresión.

Al entrar en el inmenso pasillo, con la cabeza alta, se desabrochó el gabán y paseó á derecha é izquierda una mirada fría y penetrante.

No había habido ciertamente en ninguna época el menor parecido entre él y Rolando de Corbiere, la víctima de la Boca del Lobo.

Sin embargo, habían nacido de la misma madre y del mismo padre y no era posible ni aun sospechar que Natalia Beauvillare hubiese engañado á su marido en ninguna época de su vida.

El capitán de cazadores era bajito y rubio.

El *gentleman* del cupé alto y moreno.

Las facciones del oficial eran dulces y sonrientes.

Las de su hermano imperiosas, secas y frías en todo caso, extraordinariamente desdeñosas.

Este hombre era el conde Gabriel de Corbiere Latouche, actual jefe de su familia, como aquel pobre aldeano, Pedro Montarón, labrador de la Boca del Lobo, era el mayor y el jefe de los Ferté Montarón.

Había entre los dos una diferencia enorme.

Pedro Montarón carecía de lo preciso para atender á las necesidades de su pobre madre y de sus hermanos, aunque no hacía más que ocuparse de su trabajo.

Gabriel de Corbiere no se ocupaba más que de gastar alegremente sus rentas, y como suele decirse, nadaba en la opulencia.

Su madre habitaba el hotel de Corbiere en el arrabal de San Germán.

El poseía en los Campos Elíseos el hotel Beauvillan, que le había tocado en suerte en la herencia de su tía, con los tres ó cuatrocientos mil francos de renta en fincas y valores que la solterona le había dado, con gran envidia de su hermana la condesa, á quien ella no podía soportar.

El conde, errando por el almacén, por entre la multitud, se distraía con el espectáculo, siempre interesante, que tenía ante sus ojos; pero de pronto, sacando del bolsillo del chaleco un admirable cronómetro, vió que había pasado la hora de la cita que él había dado, y entonces se dirigió con paso rápido hacia el salón de lectura.

Apenas entró en él cuando pareció que su rostro se animaba.

Un suspiro de consuelo levantó su pecho y abordó, decididamente y sin la menor precaución, á la mujer joven que el inspector había indicado á su compañero.

—¿Aquí ya?—la dijo tendiéndola una mano, que ella tocó apenas con las yemas de los dedos.

—¿No debo ser exacta por profesión?—repuso con cierta tristeza.

—¡Es justo! ¡Una profesora de piano!

—¡Sin lecciones!

—¿Para qué las necesitais, si estoy yo aquí para reemplazar á los alumnos ausentes?

—¡Vengo á deciros que decididamente no puedo! ¡No en verdad, me es imposible!...

—¡Ah!—dijo el conde frunciendo las cejas.
—¡Siempre intratable!

—¡Si accediese, tendría un remordimiento toda mi vida!

El conde no trató de convencerla.

—¡Está bien!—dijo con tono seco;—¡no hablemos más de eso!

Se abrochó el gabán, afectando gran indiferencia, como quien se decide á desistir de su empresa, pero era fácil ver que aquella tranquilidad no era más que superficial.

Sus dedos, que no estaban enguantados, y en los cuales brillaba una magnífica sortija, temblaban de cólera; sus lábios estaban descoloridos.

—¡Jamás!—murmuró entre dientes, pero de manera que pudiese ser oído por la mujer joven, volveré á hacer gestiones tan inútiles, tan humillantes! ¡Lo siento, pero puesto que es preciso, tomaré mi decisión!...

Y añadió con brutal impaciencia:

—Vamos á ver, querida, eso que decís no tiene sentido comun. Haced lo que os plazca, pero el día en que me decida á borrar de mi imaginación vuestro hermoso nombre, Elena, lo borraré tan bien que dejará de existir por siempre para mí! ¡Entonces comenzará para vos la era de las lamentaciones! ¡Aunque vivais cien años, no volveréis á encontrar jamás lo que habéis despreciado! ¡Vamos, reflexionad, aun es tiempo!... Una vez que haya pasado de la puerta, será el adiós definitivo... ¿Si ó no?

—¡Callad!—dijo ella;—nos observan!

En efecto, el conde hablaba con tanta des-

preocupación como si hubiesen estado solos.

Hizo un gesto de insultante desprecio.

—¡Bah!—dijo—¡qué nos importan esas gentes! Si hubiera uno de ocuparse de todos los tipos que desfilan por esta feria, no se estaría tranquilo jamás. ¡Ah! querida, ¡que fin tan diferente al que va á tener, había yo imaginado para nuestra novela.

Ella permaneció silenciosa.

Pero aunque con aquel silencio parecía estar resuelta á no ceder, no se decidía sin embargo á retirarse.

Debía ser presa de punzante perplejidad.

Los latidos de su corazón, levantaban su pecho, se mordía los labios y sus ojos, muy hermosos y muy grandes, brillaban de una manera extraordinaria por las lágrimas que contenían.

El conde comprendió que un combate supremo se libraba en ella, y se decidió á poner en juego sus reservas.

—Elena—dijo,—es preciso que os hable por última vez, si quereis, pero sin testigos.

—¿Dónde?

—Teneis razón, no estamos bien aquí. Venid

El conde echó á andar, y ella le siguió como si un sortilegio la hubiese privado de su libre albedrío.

El conde no se ocupaba de saber si la joven le seguía; estaba ya seguro de que parlamentaba, de que estaba vencida.

Una mujer honrada, pobre, que no rechaza desde el primer momento la tentación que se aproxima bajo la forma de un millonario, que

lleva en la mano el cuerno de la abundancia dispuesto á derramar sobre ella la lluvia de oro de Danae, está perdida sin remedio.

El conde Gabriel tenía una gran experiencia en esto.

Cuando llegó al descanso de la escalera, se volvió y la vió á pocos pasos, con la mirada fija en él.

Una sonrisa mefistofélica asomó á sus labios, delgados como los de su madre.

La hizo una seña para que se acercase á él; y entonces, puesto de codos sobre el balustre, con tanta libertad como si la hubiera conocido desde hacía años, la puso la mano sobre el brazo con un gesto familiar, tratándola ya como á cosa propia, y la dijo:

—Escuchadme bien. Es vuestro porvenir lo que se decide. Mi coche me espera en la esquina de la calle Dupin, á la derecha. Yo saldré primero. Os esperaré. No temáis nada. Mis gentes son discretas.

Elena tuvo una vaga sonrisa.

—Pasearemos una hora juntos y en seguida tomaréis la decisión que queráis. ¿Tenéis tiempo?

Elena murmuró débilmente:

—Sí.

El conde bajó la escalera con lentitud, sin precipitarse, volviéndose varias veces para animarla con la vista. Era el momento decisivo.

Cuando el conde salió del establecimiento, ella estaba bastante lejos de él.

El inspector tocó con el codo á su colega y le dijo:

—No me equivocaba. Eso marcha viento en popa.

El conde había llegado adonde estaba su carruaje.

Elena pasó por entre los dos inspectores, que no separaban de ella los ojos, salió y se paró en la acera.

Huvo una última vacilación?

Tal vez.

Elena se volvió un segundo hacia el boulevard de San Germán, pero de pronto hizo un gesto de resignación, atravesó la calle de Sevres y llegó al lado del coche.

La portezuela, abierta, indicaba que la esperaban.

El conde la levantó, por decirlo así, la colocó sobre los almohadones y se instaló á su lado.

Los caballos partieron al trote largo hacia el boulevard de los Inválidos.

—¿Eh?—dijo Frageot.—¿Cuando yo lo decía!...

El cochero debía tener ya instrucciones.

El cupé partió al trote largo, cruzó el Sena por el puente de los Inválidos, remontó los Campos Elíseos, atravesó el bosque de Bولonia y á las doce menos veinte llegaba enfrente del pabellón de Armenonville.

Allí tocó el conde un timbre y el cupé se paró.

—¡Ea!—dijo el conde cogiendo las manos á Elena.—¡No vais á hacer la chiquilla! ¡Son cerca de las doce, disponemos de tiempo, estamos solos y debéis tener gana. Almoremos.

—¡No... no puedo!—dijo Elena, tratando de resistir.

—¿Tenéis miedo de que os vean?

—¡Sí!

—¡No temáis! En este París ¿quién se ocupa de nosotros, decidme? Y además sería preciso un milagro para que nos sorprendiesen... En este tiempo está esto muy poco concurrido!

Elena cedió.

El cochero se había inclinado hacia su amo; éste le hizo una seña. El cupé dió vuelta en el patio del restaurant y salió de él.

Había poca concurrencia, en efecto,

Una ó dos parejas desconocidas estaban sentadas á la mesa en la sala de abajo.

Elena dirigió una mirada á su modesto traje y esto hizo sonreír al conde, que la dijo:

—¡No hagáis caso, todo cambiará, y además estamos muy por encima de esas bagatelas!

Y dirigiéndose á un mozo del restaurant, que acudía presuroso:

—¿No hay nadie allí, Román?—preguntó indicando con la mano un saloncito de la planta baja.

—Nadie, señor conde.

—¡Bien! ¡Servidnos pronto!... Dos cubiertos... Ostras, una tortilla, costillas... lo que queráis... y que nos dejen solos... ¡Tengo que hablar con esta señora!

El mozo se inclinó.

En aquel saloncito blanco y oro, se estaba perfectamente á su gusto.

El calorcito que allí se percibía contrastaba con la temperatura helada del exterior.

El conde Gabriel se había metamorfoseado de pronto.

Se había vuelto atento, casi amable.

Instaló cómodamente á su compañera en una banqueta de terciopelo, se colocó en frente de ella, se puso de codos sobre la mesa y dijo con una familiaridad muy amistosa, pero sin permitirse ninguna confianza inconveniente:

—¡Sedme franca, Elena; ¿no os encontráis mejor aquí que en vuestra habitación de la triste calle del Echaude?

—¡Sin duda, si no tuviera que avergonzarme de estar aquí!

—¡Todavía remordimientos, pesares, escrúpulos!

—¿Cómo queréis que no los tenga?

—Toda la cuestión para mí se reduce á estos dos términos: ¿Queréis á vuestro marido ó no le queréis.

Elena guardó silencio.

El conde añadió:

—Y además. ¿Queréis ó no queréis continuar la vida de privaciones, de estrecheces, de contrariedades y de humillaciones de cada instante? No, ¿no es verdad? Reflexionad tranquilamente y luego me contestaréis... Esta será nuestra última entrevista, ó no nos separaremos más. No os quiero á medias, os quiero para mí solo, que nadie más que yo os posea... Esta es mi decisión... ¡Todo ó nada!

El conde se había quitado el gabán, porque el calor que había en la habitación y el que le producía la fogosidad conque hablaba, le sofocaban.

—Ved, mi querida Elena—continuó diciendo,—os habéis aparecido á mi en el momento psicológico, cuando yo buscaba la mujer que todos tenemos, más ó menos, en la imaginación... Cansado de la vida que llevo desde mi primera juventud, del cambio incesante, no de afectos, jamás los he tenido, sino de relaciones efímeras cuyo vacío y futilidad no me convienen, me había hecho un ideal y el día que os ví en el anfiteatro de la Opera, tan modesta, procurando pasar inadvertida, más encantadora sin embargo que todas aquellas mujeres llenas de brillantes que os rodeaban, me prendé de vuestra gracia y de vuestra hermosa cara en la cual está impresa toda la historia de vuestra vida. Os seguí. Cuando os apeastéis del ómnibus en la plaza de Saint Germain-du-Prés, os esperaba un hombre bajito y mofletudo, de cabellos cortos, mal vestido y afeitado como un actor de melodrama, ó un comparsa de teatro, se arrojó, por decirlo así, sobre vos. Tomó vuestro brazo con grandes demostraciones de cariño, y os dirigistéis á la casa en que os ví entrar dos minutos después.

Ya sabía á qué atenerme.

El conde Gabriel se había animado y hablaba con calor, pero de pronto se interrumpió.

Un camarero entró con una fuente destras.

Se conocía que en la casa estaban muy acostumbrados á servirle y le obedecían á una seña hecha con el dedo ó con la mirada, porque el camarero se eclipsó en seguida.

El conde sirvió á su invitada.

Sin dejar de comer, continuó sus argumentos, á fin de hacer desaparecer los escrúpulos que Elena tenía para acceder á sus deseos.

De pronto se interrumpió para preguntarla:

—¿Cómo encontraréis estas «Ostende»?

Elena contestó, no sin cierta sutileza:

—¡No se!... ¡Os escucho!

—¡Vamos—pensó el conde,—esto va bien.

Y volvió á tomar el hilo de sus explicaciones.

—Al día siguiente volví á la calle de Echau-dé. Me encontré allí con una portera que tiene la lengua muy expedita y que no desea más que suministrar todos los informes posibles acerca de sus inquilinos. Supe que ocupábais un cuartito del piso tercero de la casa, enfrente de un pobre pintor sin trabajo, cuya mujer está empleada en el Palais-Royal ó en el Odeon. Que estábais casada con el hombre que os salió al encuentro al apearos del ómnibus, y que ese hombre canta en los coros de la Opera Cómica. Que dábais lecciones de piano cuando encontrábais discípulas, pero que esto era raro. Que vuestro marido, que antes cantaba en la iglesia de la Magdalena, ha tenido que renunciar á esto á causa de los ensayos de la Opera-Cómica que le roban una parte de los domingos. Que vivís con mucha estrechez. Que vuestro vecino el pintor es suizo y se llama Wilhem Krug; que vuestro marido se llama Paulino Escoubére, y que es de origen gascón... ¿Quereis que os dé detalles de todos los habitantes de la casa?

Elena no pudo menos de sonreirse.

—¿Para qué?—dijo

El camarero entró y dejó sobre la mesa una tortilla que tenía buen aspecto.

Se retiró en seguida y el conde continuó:

—En cuanto al fabricante de aparatos de tortura que ocupa la planta baja y disfraza su profesión de verdugo bajo esta etiqueta científica: ¡Ortopédico!... me dió curiosas noticias; también me habló de la señora del primero, que tiene costumbres más bien ligeras, pero que es cariñosa y buena aun fuera de su profesión; acerca de...

—¡No sigais, os lo suplico!—dijo Elena.

El conde calló un momento, pero luego continuó:

—La portera me enteró también de que debáis al casero dos meses de alquiler, y acaso tres, y de que ese buitre, aunque no es muy feroz, comienza á abrir el pico para dejar salir de él amenazas. Supe muchas cosas más; que os llamais Elena, que teneis veintitres años; que hace tres que estais casada y que parece que quereis á vuestro marido...

—¡Ha sido tan bueno para conmigo!

—Es siempre fácil el ser bueno con una mujer joven y hermosa, de la cual hay que esperar lo todo. Yo también sería bueno para con vos... y hasta muy bueno.

—¡Cuando se casó conmigo, su amor era desinteresado, porque yo no poseía ni un céntimo!

—Y vuestra persona, ¿no la contais por nada?

—¡Yo no tenia ni padres ni familia conocida!

—¡Eso es casi equivalente á un dote! ¡No hay nada peor para un amante que una serie de parientes grotescos que la querida lleve consigo!

—¡Yo no soy más que una muchacha abandonada al nacer!

—¡Felicitó al desconocido autor de tal obra maestra!...

Servidas las costillas, se llegó á los postres. El camarero puso sobre la mesa un frutero con manzanas amarillas como el oro, uvas que tenían toda la frescura del otoño y naranjas cuyo aroma embalsamaba la atmósfera.

—¡Dejadnos!—ordenó el conde.

—Os he escuchado—dijo Elena cuando la puerta estuvo cerrada y se encontraron solos.—Escuchadme ahora á mí. Yo comprendo que soy cobarde al observar la conducta que observo, pero la pobreza es mala consejera... Si os obedeciese... y mi debilidad me inclina demasiado á ello, tendría siempre sobre mi conciencia un peso enorme. ¡Paulino ha sido para mí un salvador!

—¿Quién es Paulino?—preguntó distraidamente el conde, que escogía una mandarina.

—¡Ah! sí, Paulino Escoubere... ¡Paulino, el barítono de los coros, vuestro marido!

—¡No os riais!... ¡Esa risa me hace daño! Paulino me salvó de la muerte! ¡Vivíamos en! una casa de vecindad, en Montmartre, y las puertas de nuestros cuartos estaban contiguas.

Acababa yo de encender la estufilla para irme á la cama. ¡Aquel carbón lo había comprado con los últimos cuartos que me queda-

ban! ¡No había un céntimo más en mi bolsillo! Un desconocido había hecho que me dieran una excelente educación en un colegio de Passy. Allí aprendí música, y según afirman, aproveché el tiempo, pues dicen que soy casi una notabilidad; me lo han repetido en todos los tonos y me han dicho que podía ganar dinero dando lecciones. A los diez y ocho años la directora de aquel colegio me entregó cuatro mil francos, diciéndome que aquella era la última cantidad conque debía contar. Fui á instalarme á Montmartre en una habitación que amueblé con lo indispensablemente necesario. Después fui á buscar discípulas. Al cabo de un año no me quedaban más que cuarenta francos y había perdido mis ilusiones. ¡Os juro, sin embargo, que había intentado todo lo que humana y decorosamente se puede intentar para salir de apuros! Pero la fatalidad me perseguía. Demasiado altiva para soportar por más tiempo las humillaciones á que me sometía en vano, resolví morir. Yo no sé como mi vecino fué advertido de este siniestro propósito ni qué indicios le revelaron mis intenciones. Entró, se arrojó á mis pies y me propuso unir su existencia á la mía. Me persuadió de que no debía morir, sin gran trabajo. ¡Tanto cuesta renunciar á la vida mientras nos queda un átomo de esperanza! Escoubere ganaba en aquella época bastante para él, y solo hubiera seguido viviendo tranquilamente.

Yo fui para él una carga demasiado pesada. ¡Pobre hombre!... Durante dos años no tuvimos

apenas de qué quejarnos y yo no me arrepentí de haberle escuchado. Después llegaron los días malos... El estuvo tres meses enfermo sin poder trabajar. Yo tuve que cuidarle. Las pocas discípulas que, gracias á las relaciones de él, tenía yo, me abandonaron. Fué preciso pagar al médico... Nos encontramos atrasados y no hemos podido volver á levantar cabeza. El solo podría vivir como en otros tiempos. ¡Yo soy quien le ha sumergido en la miseria!...

—¿Podéis sacarle de ella!

—¿Yo?

—Ciertamente.

—¿Cómo?

—Voy á decíroslo.

Llamó.

Entró un camarero, á quien dijo:

—La cuenta.

Cuando el camarero la trajo, el conde echó con negligencia dos luises en el plato y se levantó.

—¡Venid, Elenita!—dijo en voz baja.

E inclinándose á su oído añadió:

—¡Qué alegría para mí el día en que me hayáis dado francamente el derecho de llamaros ¡Elena mia!

—Sería un crimen el que cometería y una inmensa ingratitud para con...

—¡Ese pobre Escoubere!—concluyó el conde. En verdad, querida mia, yo creo firmemente que os equivocáis. En todo caso, si siente algún disgusto por vuestra pérdida, encontrará sin trabajo alguna corista de la Opera Cómica ó de otra parte, que hará que os olvide.

Salieron del restaurant.

Los caballos piafaban á la puerta.

—Subid—la dijo.

—¿Adónde vamos?—preguntó ella.

—Tened confianza y dejaos conducir...

El cupé partió á paso rápido y sostenido, acabó la travesía del bosque de Bolonia, enfiló por una avenida cortada por la carretera de Auteuil y se paró delante de la verja de un parque que daba á la avenida de los Príncipes, en Bolonia.

El cochero hizo oír una llamada gutural; se abrió la puerta entró el cupé y dando la vuelta alrededor de una vasta pradera se paró delante de la escalera de una *villa* imponente y artística á la vez.

—¿Dónde estamos?—preguntó Elena.

—En vuestra casa, si queréis—contestó el conde.—Entremos.

El conde subió las diez escaleras que conducían el vestibulo y la precedió, sirviéndola de guía al través de aquella casa, ó más bien de aquel nido, cuyo lujo la causaba verdadero deslumbramiento.

—¡Para vos es para quien he arreglado todo esto; la dijo! ¡Estaba seguro de veros aquí un día ú otro!

Aquella propiedad no era muy extensa, pero es imposible soñar un hotelito en París, más confortable y mejor situado.

Ningun detalle habia sido olvidado. En la casa se respiraba un temperatura deliciosa, un perfume ligero, flúido, un olor á mujer hermosa, la llenaba de arriba á abajo.

Se hubiera dicho que aquel palacio pequeño acaba de ser abandonado por su dueña, que había salido á dar un paseo y que pronto debía volver á él.

Nada faltaba allí.

El ajuar era un verdadero *trousseau* de joven millonaria recién casada.

Desde las ventanas del dormitorio, se extendía la mirada sobre una superficie de unos cuantos millares de metros de terreno cercado por paredes, y allí un buen jardinero conservaba, á pesar del invierno, una verdura de otoño.

El césped estaba fresco aún; sólo los árboles grandes habían perdido sus hojas.

—Dentro de pocos meses será esto el paraiso terrenal—dijo el conde cogiendo á la joven por el talle—con Adán y Eva si queréis quedaros en él! Yo os daré todo lo que querais, pero con una condición... ¡Que seáis siempre mía, jamás de otro; pero no como esclava, sino como dueña!

Y estrechándola contra su pecho, añadió:

—¡Vamos, di que sí, francamente, sin hacerme rogar!

Ella murmuro:

—¿Y él?... ¿Qué será de él?

—¿De Escoubere?... ¡Olvidará!... ¡Con el tiempo todo se olvida!... Además, nosotros le haremos un puente de oro y él bendecirá toda su vida el día en que se le ocurrió salvar la tuya.

El conde sacó de la cartera un fajo de billetes de mil francos y los contó con cuidado.

Había diez.

—Al abandonarle le dejarás este consuelo— dijo á Elena, entregándoselos.— Más adelante —añadió— velarás por él como su angel guardián, pero de lejos, permaneciendo invisible.

—¡Ah! ¡Qué bueno sois!— contestó Elena cogiendo los billetes.

—¡No hay que fiarse de mí! ¡No soy bueno! ¡Soy considerado, correcto! ¡Hé ahí todo!

Elena lanzó un prolongado suspiro; pero sin responder.

El conde repetía con cierta rabia:

—¡Vamos, di sí! ¡Y que concluya esto!

—¡Pues bien, sí!— murmuró Elena— pero dejadme ahora; volveré.

—¿Cuándo?

—Cuando queráis.

—Entonces, esta noche.

—Conforme: esta noche; pero tomad los diez mil francos, porque no los querrá.

El conde se encogió de hombros, diciendo:

—¡Inocente! ¿Crees que así se rechazan diez mil francos? ¡Después de todo, puede hacer lo que quiera; suyos son!

Dieron las cuatro en el reloj de la habitación en que estaban.

—Vámonos— dijo Elena;— pronto llegará él á casa.

—¡Delante de él ni una palabra! ¡Prudencia!

Ella se inclinó dulcemente.

El pacto estaba hecho.

El coche les llevó hacia París.

Durante el camino cruzaron pocas palabras.

Dos ó tres veces la estrechó el conde las manos con un transporte de alegría que no era fingida.

Quando llegaron á la plaza de Saint-Germain-des-Prés, Elena examinó con cuidado las aceras antes de decidirse á bajar del coche, cuyo lujo la hubiera hecho traición.

No vió á nadie.

El conde la dijo:

—¿Quedamos en eso?

—Sí.

—¿Hasta la noche?

—Hasta la noche.

—¿A las diez?

—A las diez.

—¿Nada te retendrá, puesto que estarás sola?

—No, no. Esperadme.

Por primera vez sonrió franca y sinceramente al conde.

¡Estaba convencida!

Después se deslizó á la acera por la portezuela entreabierta y se dirigió con paso rápido hacia la calle del Ehandé.

Gabriel de Corbière la vió desaparecer y se dijo con un suspiro de triunfo:

—¡Por fin, es mía!

Y haciendo una seña al cochero, que esperaba sus órdenes:

—Al hotel, ordenó.